VERBO NUEVO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE DOCTRINA Y COMBATE

AÑO X. ORGANO DE LA FEDERACIÓN O. P. SANJUANINA. EX-ADHERIDA A LA FEDERACIÓN O. REGIONAL ARGENTINA Y A LA A. I. T. NÚMERO 86

REDACCIÓN Y ADM: MENDOZA 110 — *San Juan, (Rep. Argentina) 15 de Diciembre de 1928* — PRECIO: 10 CTVS.

:: *Hacer anarquismo* ::

Hegemonìa de conceptos, de actividades y derecho de critica

II

La asociación no es siempre la mejor garantía de los derechos del hombre. Con frecuencia lesiona muchos de esos derechos para amparar una aspiración transitoria, que sin la cooperación de otros esfuerzos, previamente mancomunados, resultaría irrealizable. De ahí la naturaleza política de toda asociación humana que se establezca sobre bases convencionales. En ella habrá necesidad de posponer problemas fundamentales a cuestiones accesorias para no sacrificar la parte por el todo, esto es lo factible, lo que tiene más probabilidades de realización y tiende a satisfacer necesidades perentorias de un determinado núcleo, por lo esencial y positivo, que contempla la más amplia satisfacción de las necesidades del hombre. Es imposible sustraerse a ese circulo vicioso. Lucha por la supervivencia, la que impulsa a esos conglomerados, constituidos sobre la base de la mutua defensa y el común ataque entre los hombres, los amigos de hoy son los adversarios de mañana, por el cambio constante de posiciones que determinan los azares de la vida actual.

Esforzarse en conservar organizaciones de esa naturaleza, como algo imprescindible para propulsar los designios de la historia, es simplemente quimérico. Sin embargo, el anarquismo, internacionalmente considerado, y muy particularmente el de este país, no cifra prácticamente su victoria en otros métodos de acción, por mucho que se diga en contra. Tanto es asi que ningún otro esfuerzo rinde frutos estimables, no obstante su gran significación. En ninguna parte del mundo se editan tantos libros como aqui, ni salen a luz mayor número de publicaciones, y en ninguna parte tampoco es tan extrema la pobreza de fuerzas morales en el anarquismo. Las figuras llamadas de relieve, son, antes que valores personales, exponentes de riqueza colectiva, de los que tenemos legítimo derecho a enorgullecernos, por su condición de altos intérpretes del pensamiento comùn. Cuando las poseiamos, por lo menos se nos tenia en cuenta como cultores de una tendencia digna de ser discutida. Hoy nadie se toma el trabajo de examinar nuestros conceptos, porque no los tenemos. Fuera de nuestros propios figones no sabemos ofrecer nada capaz de preocupar la atención pública. Y dentro de ellos nos limitamos a condimentar el tripotaje de todos los dias: improvisar sindicatos sin asociados, inflar la escualidez de los existentes y atisbar la oportunidad de catequizar otros para nuestros dominios espirituales. Luego hacemos con ellos lo que mejor nos place y no siempre lo que más conviene, ni a los ideales ni a los trabajadores. He ahí la verdad, la pura verdad, que tanto irrita a los imbuidos por una moral falsa e hipócrita, una moral de dos faces para mirar hacia afuera y hacia adentro.

¿Autoconfesión de una conduta atrabilaria? Hasta cierto punto nada más. Actuamos en un medio con caracteristicas propias, inconfundibles. En nuestra conveniencia hubiera estado dejarnos arrastrar suavemente en una corriente turbia como la que envuelve el espiritu colectivo desde hace muchos años, desde el mismo día en que se pensó aplicar todo el caudal de nuestras energias a la conquista de las masas, con las debidas reservas teóricas para que no se nos confundiera con los políticos ávidos de subyugar la conciencia del proletariado a sus objetivos bastardos. Pero, a la postre, aunque el propósito no tenga comparación por la nobleza de intenciones que lo inspira, nuestra conducta debió ser la misma. Debimos disputarnos con toda clase de aventureros la conquista de las multitudes, con la promesa de elevar el plano de su vida si se interesaban por la solución de sus problemas. Y se interesaron; pero estos han quedado sin solución o se han agravado después de ser abordados decididamente por los hombres de trabajo, a quienes no conforma gran cosa el razonamiento de que su dicha no es para hoy sino para mañana, cuando hayan sido demolidas las instituciones del capitalismo.

Si hemos suguido, pues, esa corriente turbia y confusa, fué porque creimos que no iba a prolongarse hasta lo infinito. Y al sufrir sus embates en la propia carne, cuando se desbordaba amenazante y tumultuosa sobre nuestra libertad de discernir por cuenta propia y sobre nuestro derecho a criticar lo que no conceptuábamos justo ni encuadrado en el marco de nuestra ética anarquista, nos erguimos virilmente frente a ella, seguros de que no habiamos de contenerla, pero también de que no habia de arrollarnos. Le habiamos cedido ya lo razonable, lo que permite la dignidad sin mengua para si propia, y mientras no vimos con claridad la clase de intereses que se amparaban tras los rutilantes celajes de una verbosidad exuberante, que servía de disfraz a inferiores apetitos. La masa evidenció en este caso, también su incondicionalismo a un vicio consagrado, crispando iracunda sus puños contra los que queriamos llevar luz a su conciencia sobre la existencia de una realidad inicua.

¿Acaso porque no nos comprendió? De ningún modo. Fué por amor a lo absurdo, por adhesión al ídolo, encarnado en una institución y un diario, en sustitucion de viejas creencias, apenas corregidas, pero no borradas de sus sensorios. Todo ello sin negar la evidencia de un problema moral pendiente de solución, cuya gravedad se acentúa con el correr del tiempo, en la misma entraña de su actividad combativa, modalidad de la gran multitud, tan sarcásticamente reflejada por Iriarte en esta cuarteta incisiva:

¡Crees en brujas, caray!
Pregunté a mi criado.
—No, señor, porque es pecado
Pero haberlas si las hay.

Es que no hay cosa superior para la mentalidad de la masa, que la conservación de su fe. Bien lo saben los que la necesitan para proteger sus ambiciones, cuando se dirigen con preferencia a conmover su corazón, el órgano emocional, traidor por excelencia, cuya función es siempre incompleta o perniciosa si no la preside la facultad de razonar sin prejuicios. Por lo demás, comprende, por intuición egoísta, por espíritu de conservación y necesidad de defensa, que es preferible la unidad orgánica, aunque sea sobre las ficciones de una ética falseada y a trueque de ser engañada a su nombre, a toda rigidez de normas morales. Para conservar la hegemonia de sus esfuerzos sobre un plano de actividades determinadas, sacrifica sin ningún escrúpulo de conciencia, con la perfecta tranquilidad de espíritu del que cree cumplir con un deber indiscutible, la libertad y aún la vida de quienes atentan contra el edificio de sus ilusiones. Necesita, exige e impone el absolutismo de conceptos un día proclamados como norma de su acción, sin perjuicio de rectificarlos cuando lo reclamen conveniencias extrañas a su propia condición de víctimas de un régimen de esclavitud atroz, siempre que así lo indique un pastor ocasional que tenga a su favor circunstancia capaces de sostenerlo contra la critica más sensata y mejor inspirada.

No se ha impuesto de otra forma el pontificado de las distintas capillas anárquicas. El mismo instrumento que sirviera secularmente para sojuzgar la libertad de los pueblos, proyecta su maléfica influencia sobre la conciencia de los anarquistas, y la disgrega, la estrella, en una contienda estéril, en una guerra fraticida, sin frutos ni gloria más que para sus enemigos.

¿A quién se le ocurre que eso sea hacer anarquismo?

La organización obrera

Hemos dicho otras veces y repetimos ahora que la organización obrera vale lo que valen sus competentes.

Una organización de trabajadores inteligentes, solidarios, valerosos y decididos a hacer lo que buenamente puedan por el logro de mejoras inmediatas y por su manumisión total, puede en todas las circunstancias por adversas que sean, hacer frente a todas las contigencias, oponerse a todos los abusos y desmanes patronales, solidarizarse con los injustamente perseguidos y dar solución con grandes probalidades de èxito, a los problemas que cotidianamente se le presentan. Y es porque una organización así, está compuesta de unidades, de individualidades de voluntad propia, movidas por propio impulso, por el impulso que da la conciencia que se tiene del bien y el mal, del derecho y el deber.

Una organización cuyos miembros reunen estas condiciones morales puede bien afirmarse que es una organización fuerte, respetable, capaz de llevar a cabo las más árduas empresas y apta para llegar al fin que se ha propuesto. Mas resulta todo lo contrario cuando los adheridos a una organización se tornan pusilánimes, desconfian de si mismo y hacense el deprimente propósito de no hacer nada por ellos mismos ni por la colectividad a que pertenecen. Propósito mezquino el de los que por un falso razonamiento sólo ven montañas donde el camino es llano y rehuyen todo acto de mínima responsabilidad, optando por lo más fácil, y lo màs fàcil de todo es no hacer nada, no querer saber nada de nada.

Puédese rotular como sè quiera una organización cuyos individuos estén dispuestos a la inercia, que cuando se intente llevar algo esencial a la prà ctica, se obtendrá la negación absoluta no sólo de los principios que la informen y de las finalidades que persiga, sino hasta de la dignidad humana.

Por este hecho concreto puédese apreciar la diferencia potencial que distingue la organización de un pueblo a otro pueblo, de una región a otra región y de una a otra época.

Se verà que allí donde abundan más los individuos de buena voluntad, de buen criterio y de decidida colaboraciòn a la causa liberatriz de los trabajadores, es donde más se afirma la organización obrera, de lo que se colige, que los defectos e impotencia orgánicos que muy a menudo se atribuyen a la organización, no radican siempre en ella, sino en su base, en el individuo.

Se ha creído demasiado que el sindicato es un ente absolutamente independiente del individuo. Han creído muchos y aún lo creen los que forman parte pasiva del sindicato, que éste ha de darles aumento de salario, disminución de horas de trabajo y ha de resolverles todos los conflictos que les provoque el patrón, sin considerarse en el deber de aportar al sindicato su esfuerzo per-

El derecho de propiedad

Como se impone y consecuencias que produce

Imaginemos una pequeña isla habitada por seis hombres. Uno de ellos pesca, el otro caza, otro junta nueces, otro cría ovejas para la lana, y así sucesivamente. Los seis hombres producen con su trabajo todo lo que necesitan para vivir y cambian entre sí los respectivos productos. La isla es fértil, y cada uno de los hombres es libre, y efectúa sus trueques en condiciones de igualdad; sobre esa base la industria de la isla puede continuar indefinidamente, y nunca surgirán dificultades. De vez en cuando habrá superproducción, pero nadie se morirá de hambre a causa de ello. Si el pescador es excepcionalmente afortunado una vez, estará en condiciones de tomarse unas dias de descanso, viviendo de su pescado. Para mayor comodidad, al referirme a ella en adelante, llamaré a esta isla una sociedad «libre», significando con ello que cada miembro de esta sociedad tiene derecho, en condiciones iguales, a las fuentes de riqueza, y que cada uno posee el producto de su propio trabajo, sin tener que pagar tributo alguno a nadie por el derecho de trabajar o de cambiar sus productos.

Supongamos ahora que uno de los hombres de la isla es excepcionalmente fuerte y agresivo; toma un palo y, golpeando con dureza a los otros cinco, los obliga a firmar un pedazo de papel en que se comprometan a reconocerlo, en lo sucesivo, como presidente de la Compañía Agraria de la isla, principal accionista de la sociedad criadora de ovejas, y propietario de la concesión pesquera y de los nogales; también los fuerza a convenir que ya no se trocarán más los productos directamente, si no por medio de dinero, y que él es el banquero y al mismo tiempo el gobierno, con el derecho a emitir papel moneda. En esta nueva sociedad vemos que el verdadero trabajo, el trabajo realmente productivo, lo hacen cinco hombres en lugar de seis, y estos cinco no obtienen el valor integro de su esfuerzo. El pescador pescará, pero su producto dejará de pertenecerle, sólo obtendrá parte de él en forma de salario, mientras que el hombre de negocios se apropiará el saldo. De modo que, cuando llega un día afortunado, habrá prosperidad en la industria pesquera, pero esta prosperidad no beneficiará al pescador; recibirá únicamente su salario, y si llega a sacar demasiados peces no tendrá unos dia de vacaciones, sino que lo despedirán del empleo.

Y exactamente la misma cosa acontecerá al criador de ovejas. Tendrá, probablemente, trabajo durante todo el año, porque las ovejas deben ser atendidas, pero recibirá apenas conque vivir, y el resto de las pieles y de la leche irá a manos del propietario de «la isla que dejó de ser feliz». Quizá se le ocurra al propietario que el cultivador de nueces bien podría ocuparse también de cuidar las ovejas, de modo que el ovejero se quedará definitivamente sin trabajo convirtiéndose en lo que se llama un «vagabundo» o un «atorrante».

Como, por otra parte, todo lo que hay de comer en la isla pertenece al propietario, el ex-ovejero se verá tentado de transformarse en ladrón y en criminal, lo que le obligará al propietario a armar de un palo al cultivador de nueces, haciendo de él un «policeman»; o quizá también formará, con el pescador y el cazador, una milicia para el mantenimiento de la «ley y el orden», que estarán encantados de servir al propietario, porque, debido a la extrema productividad de la isla, les faltará trabajo lo mayor parte del tiempo, y de no mediar la generosidad del hombre de negocios, carecerian de medios para ganarse la vida.

Pero supongamos que el hombre de las nueces llegue a inventar una máquina para juntar en una semana la provisión de un año, supongamos que el pescador combine un sistema para llenar su embarcación de pescados en pocos minutos, y supongamos que como resultado de estos inventos, el propietario se hiciese tan rico que se trasladase a Paris, y no volviese más a ver sus obreros, o ni siquiera conociese sus nombres. En estas condiciones, es fácil ver que la superproducción y la desocupación podría aumentar en la isla, y también que el hombre de negocios podría parecer menos humano y simpático a sus esclavos asalariados, necesitando en consecuencia, una mayor fuerza policial. Aún podría suceder que descubriese la necesidad de un departamento de propaganda para mantener la lealtad de la tropa, y de un servicio secreto para asegurarse contra la penetración de «agitadores» en los establecimientos educacionales. Los cinco isleños, habiendo llenado todos los depósitos y galpones, serían despedidos y tendrían que resignarse a morir de hambre, y si preguntasen la razón de ello, se les diría que es porque han producido en exceso artículos alimenticios.

Esto puede parecer grotesco, pero es lo que están escuchando cinco millones de trabajadores en Norte América en el momento en que escribo estas líneas. Hay obreros de las fábricas de tejidos que andan cubiertos de barapos y se les dice que es porque han producido demasiada ropa. Hay obreros de las fábricas de calzado, cuyos botines se les caen de los pies, y se les dice que es porque han producido demasiados botines. Hay carpinteros que duermen a la intemperie, y se les dice que se necesitan muchas casas más, pero que desgraciadamente no es negocio para los constructores edificar en este momento. Todo esto puede parecer una caricatura, pero resulta ser el hecho más presente en el espíritu de cinco millones de americanos al finalizar el año actual.

No es asombroso que estén descontentos con el actual régimen. La solución del misterio es tan sencilla, que no se puede evitar de un modo permanente que los cinco millones de desocupados la comprendan. La causa de que los cinco hombres de la isla se mueran de hambre es el hecho de que un hombre es propietario de la isla y los otros no poseen nada. Si la isla fuese propiedad común, cada uno de los cinco hombres poseerían una parte de las provisiones contenidas en depósitos y galpones, y no se morirían de hambre. Si los cien millones de norteamericanos poseyesen los instrumentos de producción, instantáneamente la crisis de la desocupación pasaría como una pesadilla. Los chacareros que necesitan botines cambiarían sus productos alimenticios con los obreros zapateros que se mueren de hambre, y éstos, en consecuencia, tendrían ocupación. Necesitarían ropa, de modo que los obreros de la fábrica de tejidos intensificarían su trabajo, y así a través del vasto conjunto de la vida social.

Sólo se necesita una cosa para que esto resulte posible, y ella es lo que hemos convenido en llamar Revolución Social.

UPTON SINCLAIR.

---

sonal ni el de sumar su acción a la de los demás sindicatos que por la obtención de de estas u otras mejoras y por la conservación de las que tienen, luchan.

Con todas nuestras imperfecciones y debilidades tenemos necesidad, mal que nos pese, de estar organizados. Hasta ahora no hemos conocido medio mejor para ir cambiando nuestra situación de esclavos por la de hombres libres, que la organización y si ésta todavía no nos ha emancipado de la explotación capitalista y de ciertas tiranías morales, no es culpa suya, como tampoco lo es de los trabajadores, puesto que la ignorancia de las causas de nuestra esclavitud impide, así como los prejuicios que nos han inculcado y va infiltrando la pedagogía estatal en el cerebro de nuestros hijos, organizarnos de forma que, nos permita ser libres. Sin embargo, la organización obrera es paralela a la evolución mental que se opera, contra todos los obstáculos, en los trabajadores, y no puede negarse q' el proletariado hoy es más inteligente que ayer, y que sus organizaciones también los son, aunque, no lo suficiente para impedir que las clases explotadoras apovechen nuestras propias fuerzas para someternos aún al estado de bestias de cargas de deberes sin ningún derecho. Por lo tanto, no hay por que desconfiar de un medio que hasta ahora otro mejor no nos ha aconsejado sustituirlo; lo conveniente es, para nuestra causa, perfeccionarlo, y eso lo haremos por la imperiosa necesidad que desde siglos se viene luchando por salir de las diferentes formas de esclavitud.

Falta eso: que los trabajadores se solidaricen, se cohesionen con el franco propósito de dar a la organización cuanto valen en su propio interés y en el de la clase explotada. Cuando hagan eso, la organización obrera será lo que no ha sido nunca, será lo que quisiéramos que ahora fuera, pero no hay que esperar que los otros empiecen, han de comenzar a trabajar los que se sientan hombres de un mundo que está mal y deseen hacerlo mejor, y los que nunca han abandonado su puesto deben de continuar en él, para que los demás sigan el ejemplo. Con esta predisposición de ánimo es posible que se haga el «milagro de resucitar el muerto».

CARTA GAUCHA

Al aparsero Juan Pérez Maza

Por fin, aparsero, he podido haser pie en tierra firme. Y digo así porque aquí and' estoy no piso adoquines. Tierra y tierra con pasto, donde mis talones de gaucho no refalan. Esto es lo que presisaba mi pobre osamenta después de una punta de años de andar rodando sobre los empedraos de la siudá, donde uno se abichoca como los mancarrones de corralón.

¡Amigaso! Usté no se puede imaginar lo q' he ganao con juir de aquel infierno q' es Buenos Aires, dond' el que no se vuelve tuberculoso, s' enloquese o lo part' en cuatro un automóvil, y tuavia si por casualidá s' escapa de todas esas, la polisia lo deslom' a palos en cualquier vuelta. Porque la siudá parese que ha sido hecha pa los que no quieran llegar a viejos, pa los que le tienen asco a la vida. Usté v' a ver que allá todo apunta sus caños contra la salú, hasta los médicos. Esos disen que han estudiao la sensia de curar, pero la verdá es que han aprendido la d' enfermar a la gente. No tiene más que ver la cantidá de apestaos que hay; más de la mitá de Buenos Aires está en manos de médicos. Y a mi no me harán crer que si los dotores sirvieran pa lo que disen habría tanto enfermo. Porque lo primero que debían de haser, si fuesen hombres de sensia y de consensia, es pedir la despoblasión de la siudades, que son verdaderas gusaneras donde nunc' habrá salú.

Y si fuesen sólo las pestes. Pero es que cada día s' inventa una plaga nueva para fregar al prójimo, como eso de los ómibos, que desian q' era para desconfesionar el tráfico, y el pobrerío viaja cada ves pior, amontonao como bosta e guanaco en esos cajones fúnebres con cuatro ruedas. Áura, pa componerla, salieron los tachibos, que así les llaman a los autos que llevan a 10 y 20 sentavos por pasajero. La gente se fué de boca—Vamos a viajar casi gratis en auto— dijieron. Y ha resultao que las calles se llenaron más de tráfico, porque salieron a changar todas las matracas que había por áy tiradas. Los pobres que tienen que andar de a pie pagan el pato: si se escapan del ómibo los casa un tachibo. Pero la gente pueblera es tan aturdida q' está muy conforme con esos adelantos. . .

Por eso yo debo ser medio loco, porque, fijesé usté, me hallo lo más contento con haber podido disparar de allá donde hay tantas linduras y haberme venido a' piar aquí donde no hay ómibos, tránguas, ni tachibos y donde uno se puede acostar en la vedera sin que una manada e puebleros le pasen por ensima. Y le garanto, aparsero Pérez, que no tengo ni el más chiquito deseo de volver a la siudá. ¡Cualquier día me agarran áura!

La siudá será buena para los que viven de lo ajeno—que son todos los ricos y las gentesitas del gobierno; al menos ellos parese que viven muy a gusto en ella. Claro, no les falta lo prinsipal, porque para eso hay bastantes infelises que trabajan. Pero lo q' es el pobrerío, solamente las tremendas nesesidades que sufre le pueden dar la rasón de vivir en ese infierno, o únicamente los que ya se han puesto tan chiflaos—que son muchos—

NOTAS CONTINENTALES

El nuevo verdugo de Cuba

En cuba existe la pena de muerte, el garrote y el verdugo, como sedimento oprobioso del coloniaje anciano y bárbaro.

La justicia cubana estaba muy desprestigiada; los indultos a los asesinos y delincuentes de toda laya, se cotizaban como mercancías: y la criminalidad iba en progresión geométrica.

Pero desde que Gerardo Machado, general de la independencia de Cuba, escaló el palacio presidencial de la Habana, hasta hoy, se acabaron los indultos a los criminales; los tribunales cuentan con jueces rectos; y los principios de la justicia se interpretan y cumplen, mientra el fatídico garrote funciona a través de las isla-república.

El presidente Machado ha hecho funcionar otra vez el garrote, al cabo de muchos años de inhabilitación, y el fatal artefacto de la muerte, misterioso y repugnante, se ha alzado de nuevo en las grandes ciudades cubanas para ejercitar la ley, inflexiblemente, tronchando por manos del verdugo Paula Romero ocho vidas tétricas de las cuales se dice que alguna era inocente.

El ministro ejecutor—que por cada ejecución recibe diez y siete dólares y medio—es elegido entre los criminales y por cada ejecución que tenga se le resta algunos años de la condena que sufra. Paula Romero ha dejado de ser ministro ejecutor de Cuba, después de anotar en su carnet ocho ejecuciones, para conquistar su libertad. Ya se halla libre, pero es una ser extraño y apestoso. Nadie lo quiere y le tienen lástima o asco, y le rehusan el trato, porque sus manos han segado ocho vidas, en nombre de la ley humana y como humana, imperfecta.

***

Cuba tiene ahora un nuevo verdugo, en reemplazo de Paula Romero.

Enrique Pineda, el nuevo verdugo de Cuba, es un delincuente de cartel de «record» entre los prefesionales, condenado por los tribunales de la Habana a treinta y siete años de presidio, de los que lleva ya seis años de reclusión. Ejerciendo su macabro ministerio dentro de pocos años este hombre infortunado estará libre, porque se le perdonarán veinte y cinco años. El nuevo verdugo ha dicho: quiero mi libertad y por eso he aceptado el cargo de ministro ejecutor.

A estos señores no les agrada que se les llame vedugo, sino ministro ejecutor. ¿Y por qué no llamarles ministro ejecutor? ¿No llamamos presidente de república a muchos asesinos que asaltan el Capitolio? ¿No llamamos ministros de hacienda a muchos ladrones de los dineros públicos? No seamos tan puritanos o tan hipócritas; sepamos tener el valor de nuestra responsabilidad histórica y social; carguemos con nuestros defectos como cargamos con nuestras virtudes, sin cobardía. Más merecedores de odio y desprecio son los verdugos de pueblo que el triste y forzado verdugo oficial de un presidio que mata en el nombre de la ley y por mandato de jueces, interpretadores de la ley. ¿Quién mata, el verdugo o el juez? Conteste el señor moralista.

El nuevo verdugo de Cuba, Enrique Pineda, fué compañero de bandolerismo del audaz salteador Angelito Rivas, quien cayó roto el corazón por las balas de los gurdias rurales, bajo las palmeras hermosas de los campos cubanos. Estos bandidos han vivido al margen de la ley, ¿pero otros bandidos no han vivido también al margen de la ley y a la vez gobernando con la ley, cínicamente, desde el capitolio, el parlamento y el tribunal?

Las crónicas de los diarios habaneros, minuciosas y terribles, sobre cado uno de los ajusticiados de Paula Romero, al leerlas, crispan los nervios, y luego dejan una acre laxitud en el espíritu. De cada uno de estos ajusticiados se podría escribir una verdadera novela realista, ya que son auténticos «documentos humanos», a pesar del alma sencilla y clara de cuasi todos los infelices agarrotados. Todos murieron valientemente; algunos se sentaron en el infernal aparato llevando en los labios una sardónica sonrisa de altivez y de desprecio hacia los hombres y hacia la vida; uno pidió la víspera de ser ejecutado una mujer para pasar en su compañía su última noche de vida; y otro rompió las ligaduras en el momento en que el trágico corbatín lo estrangulaba, sembrando el pavor en el verdugo y demás testigos de su drama.... Es un intenso y sombrio drama cada agarrotamiento. Cuba, teniendo por escenario la propia Habana, Santiago de Cuba, Camagüey, etc., por espectadores a tres millones de personas y por apuntadores elocuentes los periódicos.

Actualmente hay muchos sentenciados a muerte en la isla-república, sin esperanzas de salvación. La ley del Talión impera, inexorablemente: el que a hierro mata a hierro muere. Es la doctrina férrea en práctica. Los que ahora vayan subiendo al garrote infame para bajar a la tumba anónima estrangulados, irán abriendo las rejas de hierro del presidio del nuevo verdugo, condenado a treinta y siete años de encarcelamiento. Pineda quedará libre dentro de seis años si cumple bien su ministerio nefando, y al quedar en libertad, recuperando sus derechos de ciudadano — le ha confesado recientemente a un repórter de un diario habanero—hará política, y luego, si no varia de pensamiento, se marchará para Méjico «a trabajar y, a olvidar todo lo pasado».

El nuevo verdugo es casado, y además, tiene una hija, a la que adora y cuyo recuerdo le hace humedecer los ojos. Tanto su mujer como su hija lo han olvidado, según confiesa, entre las paredes de presidio.

La criminalidad cubana, como he apuntado en esta crónica, de año en año ha venido creciendo espantosamente, dejando pensativos en hondas reflexiones a los más esclarecidos criminalistas de Cuba y poniendo en guardia a las supremas autoridades cubanas. ¿El garrote detendrá el mal? ¿El verdugo servirá de calmante caústico o de panacea definitiva?

Lo cierto es que la publicidad vasta, pintoresca y hasta escandalosa de los periódicos alrededor de cada condenado a muerte, especialmente cuando entra en capilla ardiente, es una publicidad perturbadora y morbosa, de tal modo que a raíz de cada agarrotamiento surge un crimen horrendo y de tonalidades monstruosas.

El verdugo y sus víctimas, por mandato de la ley, llegan a ocupar el primer rango de la publicidad en los rojos reportajes, y una voluptuosidad morbosa de extravismo como que embriaga a los corazones enfermos y neurasténicos, sin que el garrote logre, con su ejecutor al frente, a detener la ola del crimen.

FRANCIS LAGUADO JAYME.

---

y les parese que no hay nada más lindo que aquel burdel.

Aura los aparseros que tuavía quedan embretaos allá, yo no se que piensan que no levantan el poncho y ganan el descampao. Si es por haser propaganda, ya podían haberse sacao eso de la cabesa; en Buenos Aires es perder el tiempo y calentarse el mate al botón. Más fásil es pescar sin carnada que meter las ideas en la cabesa e los puebleros. ¡Son de animales! Eso los que no se pasan de vivos y se hasen los que asetan las ideas pa vivir d' ellas y de la organisasión, como esa manga e sinvergüensas que usté tuv' ocasión de ver juntos el invierno pasao en el congreso.

Si es a los trabajadores de la siudá —que viven mil veses pior que los animales—, desde que los he conosido de serca ya no les tengo ni un chiquito de fe. Puede ser que m' equivoque, aparsero, pero yo no creo que podamos contar con ellos pa la revolusión, cada día están más idos, cada día son más infelises, como si el trabajo e las fábricas y las miserias que pasan los hubieran capao a vuelta. Cuando nosotros nos atraquemos a Buenos Aires pa prenderle fuego por las cuatro puntas, v' a ser mejor dejarlos abajo e los escombros que invitarlos a salir pal campo. ¡No sé pa qué nos v' a servir esa gente aquí, si sacandolós del empedrao ni caminar saben! Y la revolusión no la van haser los mulitas. Los aparseros me disculparán, que yo digo las cosas así como las veo y como las siento.

***

Y me vine a dar a Navarro, aparsero, que creo q' es el pueblito más atrasao de la provinsia de Buenos Aires, y por eso mismo es el que más me gusta. Poquitas casas y muchas flores; en las calles ni pa remedio hay un adoquín, y en cuanto usted alarga el tranco sale campo ajuera. La gente lo saluda por la calle como si fuese conosido viejo y a cualquier parte que llega lo convidan a pasar p' adelante, como si hubieran estao esperando su visita. ¡Qué diferensia, amigo! En la siudá solamente los vijilantes lo convidan a dir a su casa...

Aquí tuavía es costumbre prenderle velas a las ánimas y llevarles flores a los muertos; pero lo hasen d' inorantes; no han aprendid' otra cosa. Yo también he sido como esta gente y por eso no me asusto. Y me parese q' entre gente así es mejor p' haser propaganda q' entre los pícaros, que asetan las ideas pa después dar el trastaso.

JUAN CRUSAO.

Crónica bonaerense

La huelga general. — Actividades

No fué un gran exponente de pujanza la huelga general pro Radowitzky en la capital federal, pero superó bastante otros actos de esa naturaleza propiciados por la F.O.R.A. Esta vez hicieron abandono de sus labores numerosos obreros pertenecientes a gremios refractarios a toda manifestación de solidaridad proletaria, mereciendo citarse a este respecto a los trabajadores de las construcciones y de bastantes fábricas, que hicieron causa común con los más aguerridos.

Pero hay que anotar como factor importante en esta huelga, la evidente influencia de los gremios autonómos, cuya preponderancia fué muy visible, tanto por el número como por la vitalidad de sus efectivos.

A no mediar su intervención en la inofensiva protesta de 24 horas de paro, la F.O.R.A. hubiera sufrido un ridículo más con su declaración, pues la más o menos unanimidad del gremio de chauffeurs, hubiera sido ineficaz como exteriorización de un anhelo obrero: tal el de obtener el rescate del cautivo de Ushuaia.

Hay que añadir la ausencia total de energías que viene caracterizando estas huelgas para darles mayor intensidad. El espíritu sajón parece haberse infiltrado entre los trabajadores de la metrópoli merced a la táctica gomperiana que ahora se propaga desde de determinado órgano de prensa, por razones bien notorias: el miedo ratonil de sus redactores. Es tan atroz ese miedo que no vacilan en prostituir el ideal de que sólo se dicen propagadores, y del que sólo son profesionales ávidos de conservar sus puestos, trasladando los elogios y ditirambos que la corrompida y servil prensa burguesa tributa a la figura siniestra del presidente Irigoyen, a las columnas del diario anarquista... (1) es el colmo de la degeneración moral.

Y es saludablemente sintomático, además de corroborar el alto espíritu que anima a los organismos disidentes, contra la pasividad de los elementos de la institución que fuera maestra de rebeldías — la F.O.R.A. — el hecho de que Rosario y San Juan, donde predominan los organismos escindidos de la vieja institución regional, caída en manos mercenaria, dieran la nota más vibrante y enérgica en la jornada reciente, tanto por la unanimidad del movimiento como por la decisión con que se le supo sostener.

Ello demuestra que la F. O. R. A. renace y se arraiga en otro terreno, fuera de la influencia nefasta de los que se propusieron malograr su espíritu para subvertirlo a sus necesida[des] particulares.

ACTIVIDADES

La agrupación Esperanza Nueva inició una serie de actos de expansión ideológica en su local de la calle Las Casas, destinados a dar una noción más definida y concreta de nuestras doctrinas ante los que no las conocen o las conocen mal. Como el público se componía casi exclusivamente de compañeros, a quienes menos podían interesar estas *causeries* teóricas, se resolvió trasladarlas a locales más propicios a una concurrencia profana. En el Círculo Médico y Centro Estudian-

F. O. P. S.

Antes que la soldadesca deje el tendal de víctimas en Santa Fe, elevemos nuestra protesta de hombres libres

Los trabajadores del campo de algunas zonas de las provincias de Córdoba y Santa Fe elevaron a la consideración de los colonos un petitorio de mejoras de orden económico y moral que éstos debían firmar como medida previa para iniciar la recolección de la cosecha fina. El gesto simpático, porque denota un resurgir de actividades, un despertar de conciencias que se hacia esperar demasiado, chocó contra el escollo de la reacción encarnada en la prensa «seria» que se dió a la ingrata tarea de crear fantástico novelones de hechos violentos y atentados a la propiedad y libertad de trabajo producidos sólo en la imaginación del autor de semejantes patrañas. Y la verdad es que no hay ni un insignificante hecho que justifique la medida inusitada tomada por el poder ejecutivo de la nación, para reprimir un movimiento pacífico y finiquitado desde el momento que los colonos han firmado los pliegos de condiciones.

Se ponen los argumentos, para justificar esas medidas represivas, bestiales y antihumanas, que basamentaron todas las masacres ejecutadas contra el pueblo productor, inerme frente a los modernos instrumentos de matar que se adquieren con dinero de ese mismo pueblo, cristo de todas las épocas, para trocarse en plomo que recibe su cuerpo macilento y macerado por el azote de la explotación.

En efecto ¿quién ignora el cuento del «agitador profesional», tan viejo como el del tío; del timo de las cuotas; de la violencia empleada para convertir a los incautos obreros a los postulados de redención social, conque la prensa chauvinista teje sus infamias tendientes a preparar la mentalidad para una horripilante matanza, que los gobernantes ni cortos ni perezosos mandan ejecutar?

El machete, el hisopo y la escarapela bicolor, tres distintivos y una sola calamidad; resabios de una época bárbara, operan como ejes centrales en esas cruzadas de odio y exterminio donde la sangre proletaria abona el surco abierto por los caídos y por los que quedan en la brecha sin saciar a los asesinos que continúan matando para conservar su botín usurpado a la humanidad doliente en XX siglos de odiosa esclavitud.

Y bien; pronto tendremos otra Santa Cruz. Los mismos individuos que enviaron a «pacificar» el sud de la Patagonia argentina, en bien de la patria y cuyos resultados conocemos: más de mil obreros, la mayoría argentinos, sacrificados en aras del oro extranjero que allí tiene raíces profundas, envian el mismo cuerpo militar en pie de guerra, a provocar una matanza en Santa Fe. Si, a provocarla, porque conflictos allí ya no existen y la sola presencia del militar pagado de prepotencia kaiseriana puede ocasionar una hecatombe cuyas proyecciones pueden calcularse conociendo, como se conocen, los puntos que calza ese vesjestorio ridículo y fatídico que ordena las masacres. Recordemos la «semana trágica» de enero del 19 y afluirán a nuestra memoria los nombres abominables de sus ejecutores directos. El general Dellepiane, actual ministro de guerra; Elpidio González, jefe de policía entonces, ministro del interior ahora; el actual jefe de policía, coronel Graneros y el abyecto y misero mulato Carlés con su guardia blanca. Y estos trágicos y aventureros bufones de la opereta sin fin que dirije un megaterio pre-histórico desde un lugar privilegiado aparacen como fantasmas de garfios aserados destruyendo los cuerpos sin vida de sus victimas allá en Santa Cruz, Gualeguaychú, «La Forestal»... Y ahora en Santa Fe preparan su orgía de sangre que libarán acompañada de brindis de carne humana asada con nafta como en la Patagonia...

Para que no tengamos que lamentarnos luego pongamosnos a tono con la realidad y evitemos que hechos tan criminales se repitan creando un movimiento de opinión agitando la verdad, que sea como una roca donde se estrellen los malvados propósitos del capitalismo y del Estado. Es un deber moral de los anarquistas y del proletariado emprender una vasta campaña en ese sentido, perseverante y enérgica.

La F.O.P.S. lanza la iniciativa y recomienda a quienes les corresponde hacerlo, sin esperar órdenes de centrales, que casi siempre producen el parto de los montes, se dediquen tesoneramente a laborar, que defender a esos parias amenazados es defender la causa de la revolución social.

¡Contra la reacción estamos los hombres libres!

¡Viva la libertad!

¡Viva el comunismo anárquico!

¡Abajo todas las tiranías!

El Consejo Provincial.

San Juan, diciembre de 1928.

---

tes de Medicina, gentilmente cedido por su comisión directiva, tuvo lugar la primera conferencia de esta indole ante un público formado por intelectuales y elementos estudiosos. Abrió el acto Gioscio, y disertó Acha sobre «La concepción anarquista y la opinión vulgar», haciendo un detenido análisis de las objeciones más comunes que el vulgo opone a las teorías anarquistas. Por lo avanzado de la hora, debió postergarse para otra oportunidad el examen de algunas cuestiones, como ser, las pasiones, el amor, la familia etc., contempladas según el criterio libertario.

EN SAN MARTIN

Con dos actos públicos, recientemente celebrados, la activa agrupación de Estudios Sociales de San Martín (Buenos Aires) puso un breve paréntesis a su intensa campaña pro Radowitzky. Por tratarse de un día laborable y de temperatura anormal no obtuvo el éxito deseado el último, pero se vió favorecido por gran concurrencia el anterior. Hablaron Vuotto, Ramírez y Gioscio.

EN AVELLANEDA

Organizado por la Agrupación Renovación, se verificó una conferéncia la tarde del 13 de noviembre en aquella ciudad. Tenía por objeto insistir en la agitación por el mártir de Ushuaia y fijar sus puntos de vista la agrupación organizadora sobre la práctica camaleónica, traida de los cabellos al movimiento obrero anarquista, de declaran huelgas a plazo fijo y limitado. A este respecto fueron muy contundentes los razonamiento expuestos por los distintos oradores que intervinieron en aquel acto, evidenciando el contrasentido de esos procedimientos si se comparan con las viejas normas que dieran virtud y gloria a la F. O. R. A. Se demostró como la tragedia de Radowitzky exige actitudes más viriles y no débiles ensayos de ataque a los que lo retienen como un rehén de la guerra social entre los muros de un presidio sombrío.

Una verdadera multitud asistió a este acto, retirándose vitoreando continuamente la personalidad del confinado en la tierra maldita.

CRONISTA.

(1) *Veáse "La Protesta" del 14 de noviembre último—Nota de Redacción.*)

La danza de las defraudaciones

Otro tesorero aprovechado

Hace tiempo que estabámos en antecedentes de una nueva defraudación en la Tesoreria de la F.O.R.A. y no quisimos ocuparnos del hecho por sentimiento de repugnancia a un género de ataques que no nos es propicio, aunque lo justifiquen procedimientos ya consagrados como cosa normal en aquel medio supeditado a una gavilla de asaltantes. No renunciábamos por eso al derecho de hacerlo algún dia cuando desaparecieran las razones que nos obligaban a postergar esa revelación, pues deseábamos evitar que se pensara en que explotábamos determinadas situaciones para justificar desaveniencias cuyo fundamento radica en motivos más serios, siendo el de las repetidas dilapidaciones del patrimonio colectivo, apenas una de las tantas derivaciones de un sistema de inmoralidades protegido y alentado por los que allí necesitan amparar todas las malas acciones para protejer las propias. Es una especie de solidaridad entre malhechores.

Además, y aun cuando el conocimiento de esta nueva estafa no sorprenda a los verdaderos interesados en velar por el producto de sus sacrificios, ya curtidos por ese sistema de despojos, sería complicidad silenciar hechos que avergüenzan, de parte de enemigos demasiado viles, para guardarles cierto género de consideraciones. Aludimos a los autores y encubridores de esos actos, que fueron quienes decidieron nuestra exclusión de la F. O R.A., a los fines de eliminar toda critica que pudiera malograr sus correrias de piratas en tierra conquistada.

José Borrego, tesorero en funciones del Consejo Federal de la F. O. R. A. ha defraudado los fondos confiados a su custodia, para terminar la construcción de una casa que había empezado a edificar con dinero proveniente de un accidente del trabajo. Desafiamos a que se nos desmienta. Cuando alguien lo haga, aportaremos los datos incontrovertibles que poseemos para corroborar terminante este otro caso de infidelidad, de un sujeto, que, como el ex-tesorero y ex-defraudador Ruffo, fué llevado aquel cargo por el ex-secretario Martí en calidad de «solvente». Haremos notar que Borrego, también como Ruffo, ha llenado un requisito esencial, sencillo y poco oneroso, como el de satisfacer una parte insignificante de la suma defraudada, a los efectos de conservar su título de «solvente» en el movimiento de la F. O.R.A. A Huerta ni siquiera se le exigió ese requisito. Bastó con el de una promesa, que no ha cumplido nunca. Y a Enrique Marín se le defiende con un cinismo estupendo.

Contrastaría esa complacencia con la rigidez del caso Papavero, a quien se mandó ya perseguir hasta la cuarta generación, sino mediara la circunstancia que el ex-tesorero de la Local Bonaerense, hombre de trabajo y sin vicios, acusa a Ismael Martí de haberse insumido la mayor parte del dinero desaparecido, pues, en su condición de eterno desocupado, estuvo viviendo largo tiempo a costa del acusado, cuya habitación compartía. Su imprudencia lo ha perdido, y de ello da la mejor fe la requisitoria lanzada contra él en «La Protesta», donde se dice más menos, «que ha querido enlodar a compañeros de reconocida solvencia.» A no ser por su falta de discreción, se le hubiera perdonado con la sanción del silencio.

Puede la danza continuar. A nosotros ya no nos roban más.

—o—

NOTAS VARIAS

CORRESPONDENCIA POSTERGADA

Por exceso de originales nos vimos obligados a postergar para el pròximo número la inserción de correspondencias procedente de Rosario y Dean Fúnes. Sirvan estas líneas de explicación a los camaradas que nos las remitieron.

***

Todo lo relacionado con la Administración de este periódico diríjase a nombre de Andrés Genini y a VERBO NUEVO lo de Redacción.
